



JAVIER SIERRA

EN BUSCA DE
LA EDAD DE ORO

BESTSELLER

booket

Javier Sierra

En busca de la Edad de Oro

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Sierra, 2000

www.javierierra.com

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket/ Área Editorial Grupo Planeta

Fotografías de la cubierta: Shutterstock

Fotografía del autor: © Asís G. Ayerbe

Fotografías de interior: Archivo del autor

Primera edición en Colección Booket: enero de 2015

Depósito legal: B. 23.495-2014

ISBN: 978-84-08-13584-5

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	7
--------------	---

Primera parte. Astrónomos milenarios

1. Egipto: El saber más antiguo del mundo	21
2. Francia: Dios fue astrónomo	43
3. Bolivia: Rumbo al sol poniente	56
4. Perú: ¡Volaban!	73
5. Israel: El enigma del día perdido	91
6. Una reflexión: El halcón relojero	98

Segunda parte. Una tecnología ancestral

7. Italia: ¿«Sputniks» en el siglo xvii?	107
8. Egipto: ¿Bombillas en tierra de faraones?	118
9. Turquía: Mapas de otro tiempo	129
10. Guinea Conakry: Fabricantes de piedras azules	142

Tercera parte. Los arquitectos sagrados

11. Egipto: Templos de gigantes	157
12. Egipto: Tumbas verdaderas, momias falsas	173
13. Egipto: Los secretos del templo de Luxor	184
14. Egipto: El primer rascacielos de la historia	194
15. Perú: Los túneles de los dioses	207
16. Perú: El Proyecto Koricancha	225
17. Otra reflexión: Túneles por todas partes	241
18. Israel: Bajo el templo de Yahvé	248

Cuarta parte. Los señores del tiempo

19. Francia: «El más desconocido de los hombres»	259
20. Italia: El Cronovisor	276
21. Italia: El príncipe alquimista	284
22. Perú: Los ablandadores de piedras	299

Quinta parte. Informáticos de la edad de la piedra

23. Israel: Dios fue criptógrafo	313
24. Bolivia: El secreto de los aymaras	328
25. Última reflexión: Los transmisores del saber	342

AGRADECIMIENTOS	355
NOTAS	359
ÍNDICE	379

EGIPTO: EL SABER MÁS ANTIGUO DEL MUNDO

Meseta de Giza. Marzo de 2000

Malí y los dogones, no sé aún si por suerte o por desgracia, quedaban muy lejos de aquí.

Las últimas sombras del invierno oscurecían la febril ciudad de El Cairo que, como si de un monstruo perezoso se tratara, se resistía a despertar a tan tempranas horas. No me importó. Aunque apenas pasaban unos minutos de las cinco de la mañana, la tensión agarrotaba ya todos mis músculos. Y hacía frío. Bastante frío para un lugar como aquél.

Camuflado en medio de un grupo de treinta personas, a bordo de un confortable autobús Mercedes con el aire acondicionado bombeando calor, sorteamos la vigilancia del lado norte de la Gran Pirámide y enfilamos la lengua de asfalto que nos conduciría hasta el borde exterior del foso donde yace desde tiempo inmemorial la más fabulosa escultura hecha por mano humana: la Esfinge de Giza.

El silencio lo envolvía todo.

De setenta y tres metros de largo por veinte de alto, la



Allí estaba. Puntual como un reloj suizo, justo al inicio del equinoccio de primavera, el 20 de marzo, cuando el Sol sale precisamente delante de los ojos de la Esfinge. Sin duda ésta fue construida para marcar ese momento especial del año.

Esfinge es en realidad una roca natural a la que un día se le dio forma de león y que los elementos se encargaron después de desgastar sin piedad. Clavada frente a la segunda pirámide del conjunto y orientada con una precisión pasmosa hacia el este, esta roca confiere al paisaje una atmósfera casi sobrenatural.

La bestia de caliza no se inmutó al vernos llegar. Los árabes la llamaban *Abu-Hol*, un nombre que muchos tradujeron como «padre del terror» y que a mí me resultaba poco menos que ininteligible. ¿Terror a qué? Inspiraba respeto, cierto, pero ¿terror? Los antiguos egipcios, mucho menos dramáticos que los árabes que les siguieron a partir del siglo x de nuestra era, la conocieron en cambio como *Hor-em-Akhet*, «Horus en el horizonte».

Y es curioso: a la luz de lo que aquel grupo de «infiltra-

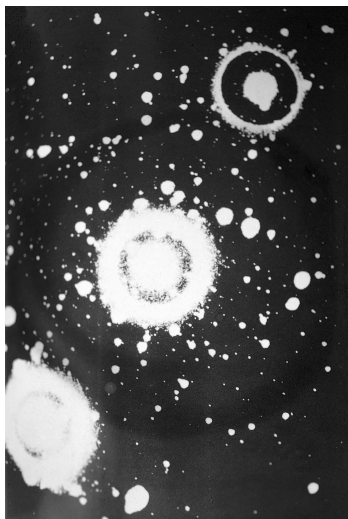
dos» se disponía a hacer, ésa debía de ser una de las pocas definiciones acertadas para el coloso. Los treinta visitantes nocturnos de la Esfinge habían cruzado el Atlántico sólo para vigilar la salida del Sol de aquel preciso día, situados justo entre las patas del león de piedra. Tal vez como hace al menos cuarenta siglos los sacerdotes-astrónomos del faraón hicieron en una jornada como ésta.

Y es que aquél no iba a ser un amanecer más.

Su autobús había sido fletado precisamente para que el grupo contemplara el primer equinoccio del año 2000 desde una atalaya tan especial. La excitación era evidente. Casi todos, seducidos por las recientes hipótesis que atribuyen a los monumentos de la meseta de Giza conexiones con determinados cuerpos celestes, habían elegido una agencia de viajes especializada en «excursiones místicas»² para sentir la energía de la Esfinge aquel 20 de marzo.

Callé prudentemente. A fin de cuentas, había conseguido sumarme a aquella expedición que contaba con todos los parabienes de los responsables arqueológicos del área de las pirámides, y no era cuestión de alterar un programa que me brindaba la oportunidad de hacer ciertas comprobaciones arqueoastronómicas *in situ*. No olvidaba que gracias a aquel grupo había logrado sortear el celo de unas autoridades que prefieren ni oír hablar de las funciones astronómicas de sus monumentos. A ellos, todo lo que se refiera a conocimientos avanzados procedentes de fuentes de sabiduría ancestrales y desconocidas les hace desconfiar. La Atlántida, los extraterrestres o las «hermandades secretas» de constructores minusvaloran, según su manera de ver las cosas, unas obras que edificaron con esfuerzo y tensión sus antepasados.

Pero el misterio es el misterio. La Esfinge y las pirámides no sólo resultan un enigma de tremendas implicaciones



Allí estaba. Puntual como un reloj suizo, justo al inicio del equinoccio de primavera, el 20 de marzo, cuando el Sol sale precisamente delante de los ojos de la Esfinge. Sin duda ésta fue construida para marcar ese momento especial del año.

por sus anomalías físicas —bloques de hasta doscientas toneladas (casi el peso de trescientos coches) pueden hallarse en la meseta de Giza—,³ sino por cuestiones más formales, como la ausencia de inscripciones de la época de su construcción que ayuden a entender quién las levantó y por qué. Sin esas inscripciones, sin el cuerpo de un solo faraón descubierto en el interior de una pirámide,⁴ y rodeados de los monumentos más grandes jamás diseñados por el hombre, el misterio sigue vigente desde hace siglos.

Preparé el trípode y la cámara fotográfica, y con cuidado cargué una película especial en el tambor de la Canon, disponiéndome a inmortalizar todo lo que pudiera ocurrir.

Lo primero que comprobé fue la ubicación estratégica de la policía arqueológica. Debía estar atento. No sólo había entrado camuflado en el recinto de la Esfinge en plena madrugada, durante la primera noche del equinoccio de primavera del nuevo milenio, sino que además lo hacía acompañado de la «bestia negra» que llevaba seis años poniendo en jaque a las celosas autoridades egipcias con sus teorías: Robert Bauval.

La teoría de Orión

Este ingeniero nacido en Alejandría, de familia belga y maltesa, había saltado a la escena pública en 1994 gracias a un ensayo en el que trataba de explicar la peculiar disposición de las tres pirámides de Giza y responder a la pregunta de por qué la menor de ellas —la atribuida al faraón Micerinos, de la IV dinastía— se construyó desviada de la diagonal que unía las otras dos. En su estudio *El misterio de Orión*,⁵ Bauval argumentaba que la clave para descifrar ese enigma residía en el firmamento. Según él, los antiguos constructores de pirámides levantaron el monumento de Micerinos desviado del eje imaginario sobre el que se asientan Keops y Kefrén porque así imitaban la disposición de las tres estrellas del llamado «cinturón de Orión».

La idea tuvo pronto otras confirmaciones. Y una de ellas tenía miles de años de antigüedad: los llamados *Textos de las pirámides*. Se trata de un conjunto de escritos hallados en «tumbas» de la V dinastía (2465-2323 a.C.), en Saqqara, en el que se contiene la literatura religiosa más antigua que se conoce. Estas inscripciones comenzaron a esculpirse unos setenta años después de darse por terminada —al menos según la arqueología ortodoxa— la última

de las grandes pirámides de Giza. Su proximidad cronológica, por tanto, puede revelarnos mucho acerca de la función exacta de estas montañas de piedra, y despejar la duda de si éstas cumplieron alguna vez una función astronómica.

Estos *Textos de las pirámides* comenzaron a ser estudiados en 1881 por el egiptólogo francés Gastón Maspero, y aunque constituyen una de las fuentes documentales más impresionantes del mundo antiguo, son aún relativamente poco conocidos fuera de los círculos especializados.

Lo sorprendente, en cualquier caso, no es su edad, sino lo que narran. «Estos documentos —escribió Bauval— dicen en términos absolutamente inequívocos que el difunto rey Osiris se convertía en una estrella en la constelación de Osiris-Orión.»⁶

Para Bauval aquel hallazgo fue un triunfo. Demostraba sin género de dudas que la imitación del «cinturón de Orión» no fue una decisión caprichosa de los antiguos constructores de pirámides. Todo lo contrario. Más bien se trataba de la consecuencia última de alguna clase de teología estelar hoy completamente olvidada. O casi.

Con la edición en inglés de los *Textos de las pirámides* elaborada por R. O. Faulkner⁷ sobre su mesa de trabajo, Bauval transcribió algunos pasajes inequívocos que confirmaban parcialmente su teoría:

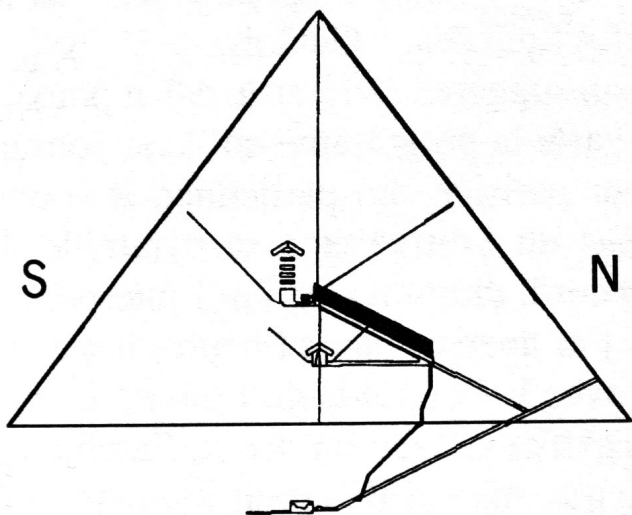
Oh rey, eres esta Gran Estrella, la Compañera de Orión, que atraviesa el cielo con Orión, que Navega el Otro Mundo (Duat) con Osiris; asciendes por el este del cielo, te renuevas en tu debida estación y rejuveneces a tu debido tiempo. El cielo te ha parido con Orión... (TP 882-883).

Y estas mismas inscripciones añadían más adelante:

El rey es una estrella... (TP 1583).

El rey, una estrella brillante y que viaja lejos [...] el rey aparece como una estrella... (TP 262).

No hay duda, pues. Los egipcios identificaban al rey muerto con su dios Osiris, y a éste con la constelación de Orión, y creían que el faraón, tras su óbito, emprendía un viaje lleno de dificultades hacia el más allá, en donde se convertiría en inmortal pasando a engrosar el número de astros del firmamento. Pero ¿y las pirámides? ¿Qué papel cumplieron en este empeño? ¿Sirvieron acaso como «máquinas» para guiar las almas de los reyes hacia su reposo eterno en los cielos? ¿No sería ésa una aplicación más lógica que la de meras tumbas?



Distribución del interior de la Gran Pirámide. Las líneas delgadas que parten de las cámaras del rey y la reina corresponden a los mal llamados «canales de ventilación».

Algo así cree Robert Bauval que, además, pronto sumó a su teoría los hallazgos realizados en 1964 por el egiptólogo Alexander Badawy y la astrónoma Virginia Trimble. Los descubrimientos de esta pareja en las pirámides se ajustaban como un guante a las nuevas ideas de Bauval.

Ambos estudiaron con especial detenimiento los dos conductos, de unos 20 x 20 centímetros de lado, que partían de la Cámara del rey de la Gran Pirámide y que atravesaban toda la mampostería del edificio hasta salir al exterior. Tradicionalmente considerados como «canales de ventilación» — pese a lo ridículo que resulta sostener esa idea en relación a una tumba —, Badawy y Trimble quisieron comprobar si aquellas galerías tenían otra función. Tal vez la tarea simbólica de guiar el alma del faraón hacia ciertas estrellas a las que podían estar alineados los dos estrechos conductos.

Su intuición dio en el blanco. Lo primero que hizo Badawy fue desestimar que los conductos que estaba estudiando sirvieran para ventilar el recinto. De haber sido diseñados para esa función, los constructores no los hubieran hecho tan empinados, sino que se hubieran limitado a trazar unos canales horizontales, enfrentados el uno al otro, dejando que el aire se introdujera en el monumento formando una agradable y renovadora corriente. Pero no era así. Los canales tenían una inclinación de 44,5 grados el conducto sur, y 31 el norte,⁸ lo que llevó a sospechar a Trimble de su alineación estelar y a desestimar su propósito oxigenador. ¡Y lo demostró!

Ajustando los datos de la inclinación de los canales al firmamento nocturno que podía contemplarse sobre Giza hacia el 2600 a.C., Trimble verificó que el canal sur apuntaba directamente hacia la región del cielo en la que se encontraba el cinturón de Orión. Ninguna otra estrella de gran

magnitud podía verse desde esa posición. ¿Casualidad? Ni Badawy, ni ella, ni por supuesto Bauval cuando comprobó sus datos con mediciones más precisas e instrumental mucho más moderno, creían a esas alturas ya en ella.⁹

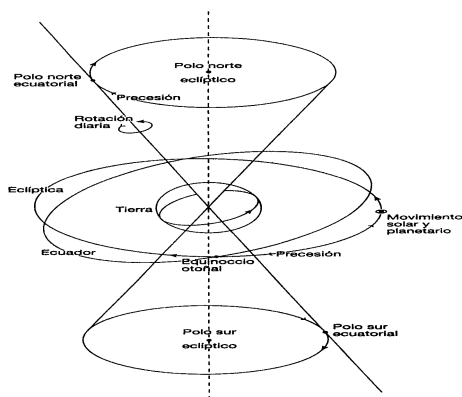
Algunas consecuencias no previstas

Todos estos descubrimientos condujeron a Robert Bauval a desarrollar la hipótesis de que detrás de la construcción de las pirámides se escondía un magnífico plan astronómico. Un plan exacto, pulcro, cuyo descubrimiento precedió a otros de similar naturaleza.

Hasta cierto punto era previsible. Si la teoría de la correlación de las pirámides con el cinturón de Orión era tan correcta como parecía, ¿por qué no pensar que el resto de monumentos de Giza tuvieron también un significado astronómico para sus constructores? ¿Por qué no iba a tenerlo, sin ir más lejos, la propia Esfinge?

En uno de sus últimos libros,¹⁰ Bauval afirmaba que la Gran Esfinge había sido construida, entre otras cosas, como una especie de gran marcador de equinoccios. Durante dos días al año (alrededor del 21 de marzo y el 21 de septiembre, al principio de la primavera y el otoño, respectivamente), el día y la noche tienen exactamente la misma duración. Además, a diferencia de los solsticios, el Sol durante esos dos momentos surge exactamente por el este, proporcionando un dato geoastronómico de inestimable valor para la fijación del resto de los puntos cardinales.

Los egipcios dieron su justa importancia a este fenómeno, orientando la Esfinge hacia el lugar equinoccial del horizonte de Giza. *Hor-em-Akhet* era, pues, el guardián del horizonte.



La Tierra realiza varios movimientos simultáneamente. Uno diario alrededor de su propio eje, otro anual alrededor del Sol y un tercero —llamado «de precesión»— en el que el eje longitudinal de la Tierra se mueve como una peonza trazando un giro completo cada 26.000 años.

—Señalarlo con un monumento así de inequívoco —me explicó Bauval frente a la Esfinge, en aquel amanecer del equinoccio de 2000—, debió de hacerse con la intención de indicar a las generaciones posteriores un punto de referencia fundamental. Una señal para los iniciados en el arte astronómico de que toda Giza era un «reflejo del cielo», y que actuaba de ancla entre el mundo de arriba y el de abajo.

No le respondí.

El espejo celestial

Aquella idea no era del todo nueva. A finales de 1998, menos de dos años antes del viaje de Bauval y mío a Egipto, las

principales librerías norteamericanas recibían un nuevo «huésped». Se trataba del último trabajo del escritor e investigador de enigmas históricos Graham Hancock. Conocido por sus excelentes ensayos previos sobre el Arca de la Alianza¹¹ y la existencia de una avanzada civilización que vivió antes de la última era glacial en la Antártida,¹² su nueva obra, *El espejo del paraíso*,¹³ era el resultado de varios viajes realizados por él y su esposa Santha en busca de pruebas que demostrasen que en la noche de los tiempos ya existieron pueblos con avanzados conocimientos astronómicos. Culturas que no se limitaron a marcar «lugares equinocciales» sino que incluso conocían fenómenos tan sutiles —a la vez que importantes— como la precesión.

Ésta, a grandes rasgos, demuestra que las estrellas no están siempre fijas en el firmamento, sino que se desplazan siguiendo un ritmo muy particular y difícil de calcular. La existencia de ese movimiento se deduce, no obstante, de la minuciosa observación de los movimientos de las estrellas en la bóveda celeste a través de los siglos. Se trata de un desplazamiento casi imperceptible —apenas un grado en el firmamento cada setenta y dos años— que surge como consecuencia del viaje de la Tierra a través del espacio.

La Tierra, además de sus conocidos movimientos de rotación —sobre sí misma— y de traslación —alrededor del Sol— posee otro más, que hace que el eje del planeta oscile como una peonza, trazando un círculo imaginario en los cielos que completa cada 26.000 años aproximadamente. Y alguien, en el pasado, sin satélites ni ordenadores, sin planisferios ni calculadoras, se dio cuenta de ello.

La idea, sin embargo, tampoco era de Hancock. Antes que él, científicos como la doctora Hertha von Dechend, de la Universidad de Frankfurt, y Giorgio de Santillana, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, defendieron en un

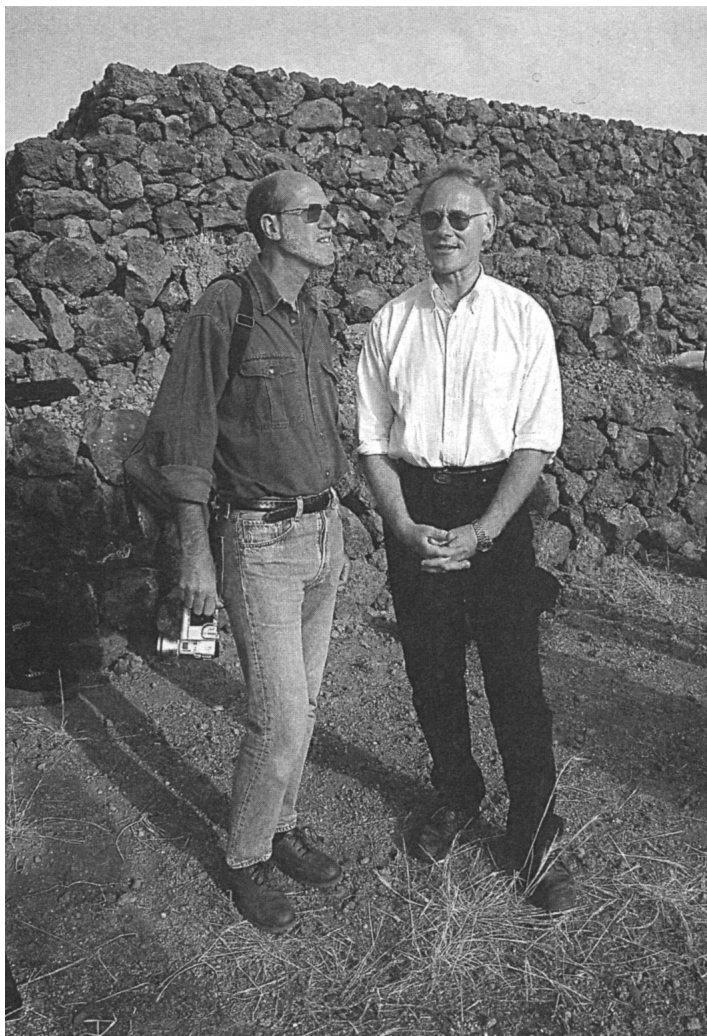
ensayo publicado en 1969¹⁴ que en los mitos de pueblos de todo el mundo existen suficientes indicios para sostener la existencia de un saber astronómico al que sólo accedían ciertas castas de iniciados. Un saber al que estos profesores le atribuyen al menos ocho mil años de antigüedad y que comprendía la anotación y comprensión del fenómeno de la precesión.

Es más: ambos terminan reconociendo que antes del inicio de las civilizaciones sumeria o egipcia debió de existir una «casi increíble civilización ancestral» que culturizó Egipto, Sumer, India, Grecia y México, dejando huellas profundas en sus sistemas de creencias. Quizá ello explique por qué todos estos pueblos construyeron pirámides o terrazas escalonadas orientadas a determinados «accidentes» astronómicos, por qué veneraban serpientes como criaturas dadoras de conocimiento o por qué sus respectivos cultos perseguían la consecución de la inmortalidad del ser humano.

Los compañeros de los dioses

Supongo que el destino funciona así. Y supongo también que quien maneja sus hilos debió de prever algo semejante.

En 1993 Graham Hancock y Robert Bauval se encontraron y aunaron esfuerzos para desarrollar, entre otras cosas, la teoría de la correlación de Orión con las pirámides de Giza. Ambos compartían, sin saberlo, el mismo agente literario, y Hancock había oído hablar de Bauval durante el escándalo que siguió a la divulgación de unas imágenes tomadas en la Gran Pirámide por un pequeño robot en el «canal de ventilación» de la pared sur de la Cámara de la reina. En las tomas, filmadas por un sofisticado ingenio



Robert Bauval y Graham Hancock han revolucionado las bases de la egiptología con su propuesta de que las pirámides y la Esfinge de Giza imitan posiciones celestes del año 10500 a.C. Ellos creen que los antiguos egipcios eran consumados astrónomos.

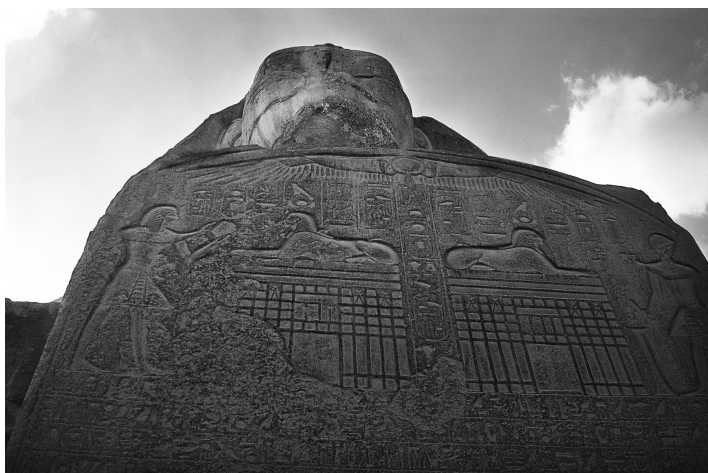
construido por el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink, aparecía una especie de pequeña puerta de piedra a sesenta metros de profundidad dentro de la pirámide, que bien podría flanquear el paso a una cámara intacta en el seno del monumento.

Los responsables de aquel trabajo científico decidieron actuar con prudencia y no divulgar las imágenes, pero Gantenbrink, a través de Bauval, hizo llegar sus tomas a la opinión pública, generando un considerable escándalo internacional y reactivando, sin querer, el interés de miles de personas por los misterios del antiguo Egipto.

Ya entonces, tiempo antes de que *El misterio de Orión* y *Las huellas de los dioses* se publicaran, ambos decidieron aunar esfuerzos y elaboraron un plan de trabajo alrededor de la Esfinge que se puso en marcha en mayo de 1995.

Su asociación, sin embargo, superó todas las previsiones. Un año después no sólo habían demostrado que la situación de las estrellas Al Nitak, Al Nilam y Mintaka —las tres que conforman el cinturón de Orión— fueron la fuente de inspiración para la disposición de las tres grandes pirámides de Giza, sino que éstas se construyeron para marcar una determinada posición de la constelación de Osiris en los cielos: exactamente su situación más baja sobre el horizonte egipcio, en el equinoccio de primavera de 10500 a.C.

En el cielo de esa fecha, reconstruido en sus ordenadores gracias al programa *Skyglobe*, que «mueve» las estrellas a las posiciones que ocupaban en el día y año que se introduzca en su base de datos, el cinturón de Orión tenía exactamente la misma orientación en el cielo que las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos. Y aún hay más. Ambos descubrieron que «al amanecer del equinoccio vernal de 10500 a.C., estando el Sol a unos 12 grados por debajo del hori-



Bajo la Esfinge se levanta una estela de granito que define a la meseta de Giza como el «espléndido lugar del Tiempo Primero». ¿Corresponde ese «Tiempo Primero» al 10500 a.C.?

zonte, la Gran Esfinge miraba directamente a su contrapartida celeste, la constelación de Leo, que tuvo lo que los astrónomos llaman su orto helíaco en ese momento».¹³

Y, por lógica, surgió su último hallazgo: que en esa fecha remota, en el horizonte del sur de Giza, exactamente por el mismo lugar donde se perdía el Nilo, emergía allí mismo el brazo blanco de la Vía Láctea, el «Nilo celestial» de los habitantes de aquella región.

¿Qué quería decir todo esto? Fácil. Que Giza era un reflejo especular de una situación estelar lejanísima en el tiempo. Era algo así como la hoja de un calendario de enormes proporciones que marcaba aquella fecha concreta.

Bauval y Hancock se quedaron perplejos. ¿Qué ocurrió en el año 10500 a.C. que mereciera la pena «recordarse» en piedra? Al principio, se desesperaron. En ese mo-

mento de la historia no existía aún la civilización egipcia según la arqueología ortodoxa. Entonces, ¿por qué los constructores de las pirámides «marcaron» esa fecha con tanta exactitud?

Buceando en la cronología de Egipto escrita por los propios habitantes del Nilo —como la redactada por el sacerdote heliopolitano Manetón, hacia el siglo III a.C., o la contenida en textos como la Piedra de Palermo y el Papiro de Turín—, se descubre que los constructores de pirámides se referían con frecuencia a cierto «Tiempo Primero» o *Zep Tepi*, en el que la Tierra estuvo gobernada por dioses poderosos.

Esa Edad de Oro es referida incluso en la Estela del Sueño, que el faraón Tutmosis IV (1401-1391 a.C.) ordenó colocar entre las patas de la Esfinge. La estela en cuestión se refiere a la meseta de Giza como el «espléndido lugar del Tiempo Primero»,¹⁶ en clara alusión a la vinculación de esta zona con aquel instante —¿mítico?— en el que los dioses regían Egipto.

En 1996, en su libro *Guardián del Génesis*, ambos autores terminarían desglosando una antigua creencia egipcia según la cual en ese oscuro período de tiempo el Nilo estuvo gobernado por unos enigmáticos *Shemsu-Hor* o «compañeros de Horus». Al parecer, se trataba de una estirpe de seres semidivinos que gozó de grandes conocimientos astronómicos y que legó a sacerdotes y faraones su sabiduría en forma de relatos míticos y lugares señalados. Éstos, pues, a falta de otros candidatos, debieron de ser los que orientaron las pirámides hacia la posición de Orión en 10500 a.C., los que situaron a la Esfinge mirando el punto del horizonte por donde en aquella fecha emergía la constelación de Leo (la Esfinge, no lo olvidemos, es un león con cabeza humana) y quienes se dieron cuenta de la circuns-

tancia de que hace más de doce mil años la Vía Láctea emergía en el mismo lugar del horizonte de Giza por donde se perdía el Nilo de vista. Todo un espejo del cielo.

Hasta hoy nos han llegado referencias de aquellos *Shemsu-Hor* en las paredes de templos como Edfú o Dendera, en el Alto Nilo, donde los jeroglíficos indican que los cimientos de esos recintos descansan sobre los de otros templos ancestrales construidos por estos misteriosos personajes. Era como si allí hubieran pretendido «marcar» algo. Pero ¿qué?

La identidad de estos «sabios» antiguos es un enigma. De ellos apenas sabemos que se sintieron fascinados por la estrella Sirio —que más tarde encarnaría la diosa Isis—, y por la constelación de Orión, contrapartida estelar de Osiris. Y que templos como Edfú los orientaron no a los lugares de salida y puesta del Sol como fue común en Egipto, sino a los puntos por donde emergían las constelaciones de Orión en el sur y la Osa Mayor en el norte. Y así, templos o pirámides han comenzado a ser vistos a raíz de los trabajos de Hancock y Bauval como «máquinas astronómicas» afines a la creencia egipcia de que el alma de los difuntos debía atravesar una serie de pruebas hasta alcanzar un lugar en el firmamento, el Duat, por donde ingresar al Amenti, al más allá. Estas construcciones debieron de servir para guiar ese camino .

Pero ¿se trata sólo de una creencia egipcia? En *El espejo del paraíso*, Hancock afirma que no. A fin de cuentas, la idea de los sabios astrónomos fundadores de civilizaciones se encuentra también en México, donde sus antiguos pobladores veneraron a un rey-dios llamado Quetzalcóatl, que dio las indicaciones pertinentes para edificar el complejo piramidal de Teotihuacán, cuya función simbólica parecía ser la de «convertir a los hombres en dioses» y la de marcar



Subí hasta la cima de la pirámide del Sol, en Teotihuacán. Al lugar en el que la tradición local dice que los hombres se convierten en dioses.

el movimiento de la constelación de las Pléyades. Algunas tradiciones nahuales describen someramente ese proceso y cómo éste era controlado por unos misteriosos «seguidores de Quetzalcóatl»,¹⁷ también versados en los secretos del Universo. Tanto que la avenida de los Muertos de este complejo es, según demostró en los años veinte Stansbury Hagar, del Instituto Brooklyn de Artes y Ciencias, una representación de la Vía Láctea como camino a recorrer por los difuntos hasta el más allá. Y eso por no hablar de otros enclaves como Uxmal, con templos distribuidos a imitación de Aries, Tauro o Géminis, o Uatlán a imagen de Orión.

«Muchas, si no todas las ciudades mayas —escribió—¹⁸ fueron diseñadas para reflejar en la Tierra el supuesto diseño de los cielos... En cuatro lugares —Uxmal, Chichén Itzá, Yaxchilán y Palenque— puede ser reconocida una secuencia zodiacal casi completa.»¹⁹